

UN DIA EN LA VIDA DE UN CAMPESINO

DOMINICANO

Por Ken Sharp.

LA OPACA LUZ QUE PRECEDE AL ALBA se filtra por los tablones de pino toscamente cortados y se refleja en los soñolientos ojos de Chaguito¹. Con el frescor mañanero en la cara y el grato calor de su esposa Mélida, acurrucada junto a él bajo la frazada de lana, todo invita a la tranquilidad. Junto a Mélida se halla el bebé de dos semanas de nacido. En el rincón opuesto, en una misma cama, duermen cuatro varones bajo una misma frazada. Sus edades: once, cinco, cuatro y tres. En otra cama duermen las dos hembras, una de doce años y la otra de nueve, más otros dos varones, dos a los pies y dos a la cabeza. Estos tienen seis y dos años². En la cunita que se halla del lado de Chaguito duerme el varoncito de dieciocho meses³. Falta poco para las cinco de la mañana.

Con los ojos aún medio cerrados, Chaguito comienza a rezar el primero: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores..." Las voces de Mélida y de dos niños soñolientos responden. Luego hay un silencio. Luego Chaguito llama en forma impaciente aunque sin aspereza a su hija de doce años: "Gilda, vamos, vamos". Gilda sacude a su hermana de nueve años y, todavía con los trajecitos que vistieron ayer, se levantan de la cama. Con los brazos desnudos sobre los pechos escudándose del frío húmedo, cruzan el cuarto contiguo y salen a la cocina con una lamparita de kerosene, para alumbrarse con la llama amarilla y humeante. Momentos después, Chepe, de once años, se levanta con sus

pantaloncitos rotos, haciendo ruido y dejando tras sí a sus hermanos riendo en la cama. Saltando a la semioscuridad de la cocina grita: “*¡aquí viene el cuco!*” Pronto se mezcla con los cantos de los pajaritos que despiertan, el sonido sordo de la pesada mano de pilón que Gilda levanta y deja caer sobre el café tostado para convertirlo en polvo fino en el fondo del pilón. Ahora se agrega el sonido de madera que Chepe corta y rasga en pequeños trozos de *cuaba* (madera del corazón del pino que contiene mucha resina), que su hermana junta para encender el fogón para hacer el desayuno. Desde el aposento, el locutor del programa “*Despierten Dominicanos*” de *Radio Santa María*, lee mensajes tempraneros enviados por los escuchas (acompañados de sonidos de toques): “Que se levante María de Jesús Pérez para prender la estufa. . . que se levante Antonia Rodríguez de Serrano para colar café. . . que se levante Juana Santos de las Guáranas a traer agua. . .”

Pronto el radio llega a la cocina en manos de Chaguito. Este lleva puestos pantalones de algodón limpios, planchados, comprados en la tienda, muy usados pero todavía sin un parche y una camisa de mangas cortas, amarilla, muy gastada, manchada y un poco raída por el trabajo. Colocando el radio en una repisa y sentándose en una de sus dos desvencijadas sillas de cana, llama a Chepe: “Búscame las chancletas”. Chepe aparece con un par de zapatos negros de vinilo con imitación de cuero y con parchos de material cocido de otros zapatos viejos. La cocina se va llenando de niños descalzos que tiritan en sus pantaloncitos cortos por el frío del suelo de arcilla y por el aire de la mañana. Ríen y bromean junto al calor del fogón. Las mañanas son frías ahora pero los inviernos (desde diciembre hasta febrero) son peores: las temperaturas bajan a veces hasta los cuarenta y cinco grados Fahrenheit y las nubes portadoras de lluvia cruzan por las puertas y se estrellan contra las paredes. “Está frío. Hace demasiado frío. Uno se levanta y está temblando de frío⁴.”

Gilda llena de agua una vieja lata de pasta de tomate y la coloca dentro del agua que ya está hirviendo en un caldero ennegrecido que se halla sobre el fogón. Entonces echa varias cucharadas de café molido en esta improvisada cazuela de baño de maría, lo mezcla y luego filtra el negro líquido ya caliente a través de un colador de tela que tiene la forma de una media. El líquido cae dentro de otra lata colocada debajo del colador. La primera taza es para su padre, la

siguiente para mí, e inmediatamente trae una tercera para Mélida. Generalmente es Mélida quien cuele el café una vez que el agua está hirviendo, pero como ahora está en *riesgo* tiene derecho a más descanso. Gilda regresa trayendo en los brazos a su hermanito de dieciocho meses y se lo entrega a Chepe junto con un biberón de plástico conteniendo una infusión caliente de clavos dulces y canela. Chelo, el que tiene cuatro años, agarra una de las piernas de su padre y con las nalguitas afuera clama: "Papá es mío... ¡No! ¡Papá es mío!" Su hermanita de nueve años aprieta la otra pierna del padre reclamando también: "Papá es mío!" Chaguito calma la contienda poniendo a Chelo entre las piernas. Chelo no puede soltarse de su amorosa prisión. Chaguito le pregunta entonces mientras el chiquitín brega por soltarse: "¿De quién eres tú, Chelo? ¿De quién eres tú?" Uno de los chicos grita desde cerca del fogón: "Oye las guineas!" "Oye las guineas!" Se produce un momento de silencio para escuchar cantar a lo lejos a las guineas.

A las 6 de la mañana comienza *la primera* en la radio: "Santa María, Madre de Dios..." Luego un sacerdote dice: "Tanto rencor y odio entre nosotros... en realidad lo único que debe reinar entre nosotros es amor". Mélida entra en la cocina vestida con un traje de algodón azul y blanco y con un sweater azul oscuro abotonado por delante. Ambos le fueron enviados desde Nueva York por los padres de Chaguito. Una toalla envuelta en la cabeza la protege del frío mañanero. Mientras ella comienza a pelar unos treinta plátanos pequeños y los coloca en agua hirviendo, Chepe sale a buscar la vaca para ordeñarla.

Parado sobre una piedra cercana a la casa, Chepe emite la llamada acostumbrada sin lograr resultado. Entonces se adentra a la cerca para buscar entre los pedregones, la yerba y la maleza. Su hermana y sus cinco hermanos esperan junto a la empalizada de alambre de púas cuando la vaca por fin aparece saliendo de los matorrales. Chepe la urge a salir mientras al unísono, todos gritan alegres: "Allí está, allí está!"

Después de lavarse las manos, Chaguito comienza a sacar leche de la ubre la cual cae en una latica, y luego es vertida en una vieja lata de aceite de soya de un galón de la Alianza para el Progreso. Los rostros de los niños reflejan la fascinación que sienten al ver los chorros de

leche que caen en la lata. Un momento después, estallan en risa al ver al hermanito de cinco años tirando de una soga atada a la cabeza de un testarudo becerrito de un mes de nacido, que se resiste a ser llevado hasta su madre. Otros dos vienen en ayuda del niño y logran arrastrar al becerrito hasta las ubres de la vaca, tomando éste rápidamente el lugar de Chaguito. Chaguito explica que la vaca y el becerro son de su padre que está en Nueva York. "Pero él me los dio a mí para ordeñarlas y tener leche para mis hijos". La vaca da como un cuarto todos los días, toda la leche es para el bebé de dieciocho meses. "Pero no siempre hay leche. Cuando no hay, tal vez haya gente que la regale. Pero la mayoría del tiempo hay que comprarla. Antes yo acostumbraba a comprar dos botellas diarias a ocho cheles la botella. Con el muchacho que dejó Mélida para tener el nuevo, no había leche de vaca en ninguna parte. Y yo le compré no menos de veinte latas de leche en polvo a \$1.40⁵ cada una".

En la cocina llena de humo el desayuno está casi listo con la ayuda de R., una encanecida vecina de 60 años que ha estado viniendo diariamente a ayudar a Mélida en la cocina y en los menesteres de la casa desde que ésta dio a luz. El desayuno consiste en *spaguetti* (cocido con pasta de tomate, ajo y cebolla), un plato lleno de plátanos y guineos verdes, una taza de chocolate caliente (una tableta de chocolate hecho en la República Dominicana mezclado con agua hirviente), y dos platos especiales para el huésped de hoy: papas hervidas (compradas en la tienda) picadas y combinadas con cebolla, y una lata de sardina de \$0.15. Resulta ventajoso ser mayorcito cuando se trata de lamer el aceite que sobra de las sardinas, y Chepe se lo gana después de breve disputa con sus hermanitos. Los niños comen junto al fogón, algunos sentados, otros de pie, con sus platos de hojalata y grandes cucharadas de metal. Mélida come junto al fogón, bebiendo su chocolate en un jarro de metal. "Algunas veces me siento pero otras veces no", contesta a una de mis preguntas.

Los rayos del alba se filtran a través de las tablas formando rayas luminosas a través del humo. Las herramientas de Chaguito están en sus escaparates suspendidos en las paredes: un machete, un colín, y dos sierritas curvas para podar las matas de café. Cerca de la puerta cuelgan el freno y el aparejo de la mula. Esparcidas por la cocina, en las repisas, hay latas vacías, botellas llenas de aceite de maní comprado en la tienda y de kerosene, jugo de naranja agria hecho en casa y usado como vinagre, varios remedios locales y algunos

comprados, y una lata de *Real-Kill* (que se emplea para matar los gusanos de las vacas). El agua de beber se refresca en una tinaja de siete galones que está colocada en un receptáculo debajo del cual hay un jarro que sirve para sacar el agua. Sobre el fregadero hay una palangana llena de platos y ollas que han de lavarse más tarde. En la alacena hay azúcar, arroz y otros alimentos, fuera del alcance de los gatos, perros y gallinas que merodean. La protección la constituye una puertecita cuyos goznes están hechos de suelas de goma que originalmente fueron cortadas de una vieja llanta de automóvil. Recostada contra la pared, junto a tres sacos recién llegados de fertilizante para el café, hay una escoba hecha de paja.

Pronto irrumpen en la cocina Chepe y una hermana menor, con las caras muy lavadas, el pelo peinado, y con sus bultos escolares colgando sobre las espaldas. Los bultos fueron hechos por Mélida. Ambos se colocan hombro con hombro para que Mélida les dé una rápida inspección antes de marcharse a la escuela. Ambos están en el primer grado después de dos años de asistir a la escuela, y probablemente no pasarán al segundo. “Qué esperanza hay” se queja Mélida, “icon tantos cambios de maestros!” “Sólo en este año ya han cambiado los profesores cinco veces!” Gilda ha faltado a la escuela durante las dos últimas semanas porque Mélida la necesitaba en la casa. Pero Mélida, que está preocupada, espera que la hija de uno de los compadres de Chaguito pronto llegue para ayudar en lugar de Gilda.

Los niños saltan hacia la puerta y corren por el sendero que lleva a la escuela, la cual se halla a cuarenticinco minutos. La vieja R. echa una mirada severa a los chicos, y luego, con una leve sonrisa que ahonda sus arrugas, pica un ojo y dice: “Vaya Ud. al conuco a fajarse con el machete para ganarse eso”. Me echa una mirada rápida para ver si he comprendido.

Son las 7:30 cuando Chaguito y yo salimos para el viejo conuco. Hay que arrancar unas cepas de plátano para trasplantarlas a un conuco nuevo. Mirando a lo lejos, me da la impresión de que el conuco viejo está en un terreno muy empinado para que uno pueda mantenerse de pie sobre el mismo. Caminamos en silencio mientras se nos mojan los pantalones con el rocío mañanero que hay sobre la yerba y arbustos mientras el sol nos calienta las espaldas. Algunas voces nos saludan al salir de la maleza hacia un camino real. Colín, un vecino, se acerca a pie mientras su esposa, J., lo sigue montada en su mula.

— ¡Saludos! dice Chaguito. ¡cómo les amaneció?

— Mejor, gracias a Dios, responde Colín.

— Mira quien está aquí, dice su esposa J. alargando el brazo para asirme por el antebrazo. ¿Y qué anda buscando por aquí? pregunta en broma.

— Bueno, varias cosas, digo yo sonriendo. ¿Y de dónde viene?

— De Santiago. Fuimos al médico ayer. J. se estaba casi muriendo, casi no podía respirar. Y una fiebre! ¡Y dormimos anoche en El Río, donde mamá, porque el río estaba todavía un poco crecido y no queríamos tirarnos en la oscuridad. Y J. con esa fiebre.

El Río es una aldeíta situada en el camino a dos horas en mulo o a pie saliendo de Jaida Arriba. Es necesario vadear tres ríos que son traicioneros después de una fuerte lluvia, para abordar los *Jeeps Land Rover* que salen para el pueblo en las primeras horas de la mañana. Repletos de gente, con los pollos, puercos y plátanos apretujados adentro o amarrados en la capota, y con los pasajeros que llegaron más tarde, colgados de la parte trasera o dando tumbos sobre el escaparate del equipaje, estos *jeeps* constituyen uno de los pocos medios de comunicación con el mundo exterior. El médico más cercano vive en la capital municipal, San Juan de la Sierra, que se halla a dos horas; la ciudad más cercana, con servicios médicos especializados, hospitales, grandes almacenes de alimentos, mercados y grandes tiendas, es Santiago, donde los *jeeps* llegan en unas tres horas. Estos permanecen unas horas mientras los pasajeros hacen sus compras, van a los consultorios de los médicos, visitan familiares y hacen diligencias. Los *jeeps* regresan al caer la tarde. Muchos de los moradores de Jaida Arriba viajan “en bola” o regresan en la noche, llegando a sus hogares a las 7:00 o a las 8:00 p.m.

— ¿Qué hay del dinero? ¿Hablaste con Salvador? pregunta Chaguito. Chaguito es miembro de la cooperativa de café (administrada por Salvador) y está ansioso esperando la llegada de un préstamo del IDECOOP, la oficina gubernamental de cooperativas. Se le había prometido que el préstamo llegaría dos meses antes. La necesidad de dinero se está haciendo urgente: los recogedores de café, como Colín, tendrán que esperar su paga cuando empiece la cosecha, dentro de un mes; pero de manera más inmediata, hay que comprar comida y medicinas.

— Todavía, contesta Colín. El va a la capital pasado mañana. ¡Tal

vez conseguimos algo en esta semana! Dios sabrá!

—¿Y a cómo está el café ahora? pregunta Chaguito.

—Bueno, eso yo no lo sé seguro. Dizque está a \$28.00 y a \$30.00 ahora.

Chaguito menea la cabeza en señal de desaprobación. Habían vendido café a \$36.00 y a \$38.00 hacía unos meses y no comprende por qué han bajado los precios. Sin embargo, está seguro de que la culpa la tienen *los grandes* de las casas exportadoras y los del Gobierno.

Nos despedimos todos con apretones de mano.

— ¡Que vaya con Dios!

— ¡Que quede con Ud.!

Chaguito y yo pasamos gateando debajo de la cerca de alambre de púas y nos dirigimos hacia el conuco. A lo lejos oímos la sonora voz del vecino de Chaguito que empieza a cantar mientras trabaja en su conuco. Es una décima, poema cantado muy popular una vez en muchas partes del país y que se canta a menudo cuando vecinos trabajan en las llamadas *juntas*, es decir, en mutua cooperación⁶.

Llegamos a la nueva *tumba* de Chaguito, que tiene unas seis tareas. Aquí es donde pronto se plantarán las cepas de plátano. Todavía yacen por el suelo los troncos ennegrecidos y las malezas chamuscadas, donde fueron tumbados y quemados sólo hace unas semanas. Los surcos, a ocho pies de distancia unos de otros, cortan la empinada ladera diagonalmente. Los brotes verdes marcan las líneas entre las cuales Chaguito sembrará las nuevas matas de plátano. Anteriormente Chaguito sembraba en forma vertical siguiendo la dirección de la cima, como lo hacía su padre. Así era más fácil trabajar en el conuco: durante la siembra, la operación de limpieza, y la recolecta, uno podía desplazarse de arriba a abajo por entre las hileras. Pero, en un curso en promoción social, hace cuatro años, un sacerdote jesuita le enseñó a Chaguito que sembrando en forma diagonal se ayuda a eliminar la erosión causada por las fuertes lluvias que amenazan constantemente con arrastrar por la ladera de la montaña la delgada capa de tierra vegetal. Este mejor sistema de siembra es, sin embargo, sólo un paliativo; debido a lo empinado del terreno y a las fuertes lluvias, los conucos que mantienen a Chaguito

y a su familia producirán sólo durante dos o tres años más.

Pasando la mano sobre la tierra cansada que ya no albergaba más que yerba, yerbajos y maleza, y algunos pinitos, Chaguito dijo: “Ya estas son tierras que no producen porque se les ha ido la tierrita buena que tenían. El agua se la ha llevado. El terreno es demasiado inclinado aquí. ¡Tanta jaida! Un terreno puede durar dos o tres años. Se pueden coger tres cosechas de habichuelas, pero de plátanos y batatas nada más se puede coger una, porque ya el terreno está sin abono. Tal vez usando abonos químicos se dé más. Pero la situación aquí no da para eso— porque el dinero que produce ese terreno no da para mantenerse uno y comprar abono”.

En los últimos dos años Chaguito ha tenido que comprar víveres, mermando seriamente sus escasos recursos. La primera tierra de la familia en que Chaguito trabajó en otro sector de Jaida Arriba “se acabó”. “Tuve que mudarme aquí y no había nada sembrado. Entonces empecé a tumbar y a sembrar otra vez. Ahora, cuando yo empiece a sacar batatas del conuco cerca de la casa, yo dejo de comprar víveres. Y cuando deje de producir allá, cerca de la casa, puede ser que ya yo tenga algo aquí en el conuco nuevo”.

La erosión y el desgaste del suelo presentan un continuo dilema para Chaguito y los demás campesinos: ¿dónde hallar nueva tierra para hacer una tumba? Antes, Jaida Arriba tenía buenos bosques y estaba en condiciones de asentar población. Pero ahora queda poco de esa tierra. Por otra parte, el Gobierno ahora prohíbe no sólo la tumba y explotación de las tierras del Estado sino hasta de las tierras que ya han sido trabajadas anteriormente. Esta ley forestal tiene como fin proteger las fuentes fluviales del país. Pero los campesinos ven la ley de un modo diferente. Dependiendo de los pinos para construir sus viviendas y de las tumbas de nuevas tierras para alimentar a sus familias, la ley forestal es una amenaza a la supervivencia. Los choques se producen con los guardabosques del Gobierno y los guardias que patrullan la región. Ellos pueden dar permisos para cortar en casos especiales cuando consideran que las fuentes fluviales no se perjudican, o pueden poner multas y sentencias de prisión para hacer cumplir la ley. En la práctica, el sistema se basa en el *macuteo*. En realidad, para muchos guardabosques y guardias, sus puestos oficiales, de bajo salario, son también sinecuras para transformar los permisos oficiales en beneficios personales. La estrategia de los campesinos consiste en, cortar madera *por la izquierda* y arriesgarse a una multa, a una citación, o a la necesidad de sobornar perentoriamente a un oficial; o diligenciar un permiso oficial que

usualmente significa un *macuteo* a base de ron, café o dinero.

Chaguito no tenía grandes problemas para conseguir permiso para sus tumbas porque él mantenía “buenas relaciones” con los forestales: hospitalidad a las horas de comida, ocasionales regalos de unas cuantas libras de café, una botella de ron o unos cuantos pesos “para cigarrillos”. Los campesinos más pobres —hombres con gran necesidad de acceso a nuevas tierras— a menudo sufren más pues no tienen los recursos para mantener esas “buenas relaciones”. Pero todos repudian a la ley forestal, a los guardabosques y a *los guardias que andan macuteando*. Chaguito se resiente particularmente cuando se le prohíbe cortar árboles en su propia tierra.

—El problema aquí de la agricultura es que uno no es libre —uno quiere tumbar un pedazo y no se lo dejan tumbar. Sino, que la Foresta tiene que venir a ver si se lo deja tumbar a uno. No sabiendo que uno tiene que trabajar para poder comer. Ese es uno de los mayores perjuicios de aquí. Si uno pudiera tumbar, francamente, me parece que echaría para adelante. Pero ahora, uno está a la voluntad de otro. Es que uno no es libre.

—Si la propiedad, es de uno, deben dejarlo hacer lo que quiera. El agua uno mismo la debe guardar. Pero lo otro (the forester) no. El gobierno deberá dejarle a cada dueño de propiedad aserrar pinos. Debería dejarlo a uno vivir cómodamente. Pero el Gobierno lo que piensa es, pagarle a los Estados Unidos lo que le debe con los pinos”.

—Y esa ley, ¿de dónde vino? ”

“Eso vino del Gobierno, porque es él quien paga a la foresta. Yo no quiero decir que deben dejar tumbar la tierra del Estado. Pero la propiedad de uno, sí. Yo vivo en esta tierra y seguro que yo no voy a perjudicar el agua. Pero tengo que tumbar para vivir.

—¿Por qué con tantos problemas hay tanta gente que vota por él? ”

—Yo estoy con que se quede. Yo voy con Balaguer. Y me quedo con Balaguer. Pero el día de las elecciones eso no quiere decir que vaya a votar por él.

Pero los problemas con los guardabosques no son más que una manifestación del más básico dilema de Jaida Arriba: la escasez de tierra adecuada para la siembra. En cuanto a este dilema Chaguito se

halla en posición doblemente ventajosa. Debido a que su padre (uno de los primeros en radicarse en Jaida Arriba) llegó a tener un total de 1600 tareas de tierra, algunas comprándolas y otras simplemente posesionándose de ellas, Chaguito tiene aún cierta pequeña área de tierra boscosa en la cual puede hacer tumbas y sembrar. Pero de cada cuatro familias en Jaida Arriba, tres carecen de nuevas tierras. Al igual que Colín puede que traten de volver a sembrar en tierra cansada después de dejarla en barbecho durante tres o cinco años, pero el rendimiento es muy escaso. A veces, después de continuo uso, las tierras vienen a rendir sólo algo más que las mismas semillas que se plantan. Aunque el 95% de los campesinos de Jaida Arriba tienen tierra, más de la mitad se ve obligado a trabajar por lo menos a medio tiempo, a cambio de bajos salarios, para poder alimentar a sus familias.

La otra ventaja de Chaguito es el café. Su cultivo le permite vivir con su familia sin necesidad de vender su trabajo a otros. La tierra que el padre de Chaguito le dio para trabajar es ideal para el café. Cada vez que Chaguito preparaba el terreno para sembrar víveres, colocaba plantitas de semillero de café entre las hileras de plátano. Las anchas hojas de las matas de plátano, que crecen rápido, proporcionan la necesaria protección contra el sol mientras las matas de guama, que crecen despacio, crecen hasta llegar a dar la sombra necesaria. En el término de cuatro o cinco años, las matas de café comienzan a producir siempre que se despeje de yerbajos. Algunos, como el hermano de Chaguito, hallan muy larga la espera para tanto esfuerzo. "El café es una cosa que si uno está con apuros no se siembra. Porque hay que esperar tres o cuatro años y algunos no quieren esperar tanto. Quieren el resultado de una vez. Pero dentro de tres o cuatro años ya el café está dando. Si uno no tiene esperanza no se hace ná". Cuando el café madura, sus raíces sostienen la capa vegetal de la tierra, controlando así la erosión. Y si se le cuida bien, proporciona beneficios anuales. Una plantación de café produce todavía después de treinta años.

Saliendo del nuevo conuco, Chaguito y yo seguimos subiendo la ladera. Rompo el apacible silencio de la mañana con una pregunta: —Chaguito, ¿cuál es la preocupación, el miedo más grande que tú tienes en la vida?

A Chaguito no le sorprende en lo más mínimo esa pregunta en ese momento y en ese lugar. Nos hemos conocido durante más de un año. Él sabe que Ken es un *preguntón*, que está tratando de escribir un libro sobre la vida y los problemas de los campesinos. Y él sabe

que hoy he venido con muchas preguntas.

—Bueno, de que uno. . . el miedo que uno tiene es que tal vez no va a tener la capacidad de llevar los niños hasta donde lo necesitan.

Detiene el paso y se vuelve hacia mí.

—Y nosotros vivimos como quiera. Nada más para que esos hijos suban y para ponerles las cosas —para que ellos no vivan la vida como nosotros. Aunque yo no me quejo— sin embargo, uno pasa trabajo. Y ahora, el poco de tierra que hay no da para que esos muchachos puedan trabajar en el futuro— porque cuando se llegue a repartir toda la tierra, no nos tocará casi nada. Un poquito a cada uno. No va a quedarle nada a los hijos de uno. Cuando ellos van creciendo, uno quiere hacer como hizo papá con nosotros; él compró mucha tierra para dejárnosla a nosotros. Pero toda la tierra está ocupada ya. No es como en el tiempo de los viejos cuando todavía quedaban pedazos grandes. Si no fuera por el parque y la foresta que no le dejan a uno tumbar, uno se fuera extendiendo por allá, dijo señalando hacia las montañas que se hallan detrás de Jaida Arriba y que aún están llenas de bosques, y que fueron declaradas parque nacional por Trujillo, Chaguito continúa: Pero ya no se puede extender. Ya no va a haber tierras donde se puedan poner a trabajar los muchachos. Solamente, uno quiere ver si uno los puede educar un poco. Y dándoles educación, ellos puedan ocupar un puesto hasta allá mismo en la cooperativa. Cuando podamos sacar contables, agrónomos, tanto como oficinistas en varias cosas, entonces será cuando uno le deje una herencia a sus hijos.

—¿Cuántos años de educación deben tener ellos? ”

—Ni yo mismo casi lo puedo decir. Hacen falta hasta 12 años para poder conseguir un puesto. Según la cooperativa vaya funcionando, y si uno siempre le da calor a la cooperativa, si no se deja fallar, me parece que ya de aquí a diez años uno va economizando, y puede tener fondos para todas esas cosas. La hermana mía quiere llevarse a Gilda a Nueva York. Si yo se la dejo llevar. Eso es una ayuda para mí —cuando yo no tenga que gastar en esa muchacha, yo no tengo que pensar en nada.

—¿Cómo se pueden educar tus niños aquí en la República?

—Aquí en la República —tal vez por medio de la cooperativa uno se consigue varias becas, y tal vez se adelanta un poco. También, uno

busca algo con gente que uno tiene a su favor— gente que son amigos de uno. Uno les manda el muchacho y se lo atienden como si fuera de su misma familia. Eso es cuando tiene un curso adelantado aquí en el campo —y si podemos conseguir un cuarto o un quinto curso en la escuela, se le puede mandar aquí mismo.

—¿Piensas mandarlos a todos?

—Según. Uno no sabe ahora mismo cuantos uno puede mandar.

Seguimos caminando y yo pienso: la escuela de Jaida Arriba sólo llega hasta el tercer grado. Esta es su única esperanza de sacar del campo a uno o a dos de sus hijos para que se eduquen y tengan alguna oportunidad en la vida. Quizás pueda lograrlo. Con el dinero que saca del café y los ahorros de la cooperativa, puede quizás pagar la ropa y los libros, y el salario de quien tome el lugar de los hijos en las labores del campo. El tiene conexiones familiares con gente del pueblo, quienes, aunque pobres, pueden quizás acoger a uno de los niños. Pero, ¿qué será de los que están como Colín? Sin dinero, sin conexiones, ¿qué posibilidad tiene él de educar aunque sea a uno de sus nueve hijos? Por un momento me imagino lo que yo haría si fuera Colín o Chaguito. Me siento atrapado.

La fresca sombra de los árboles neutraliza al sol mañanero mientras caminamos, y al llegar al conuco, siento calor pero no estoy cansado. Sus empinadas laderas dominan la vivienda de Chaguito que desde allí parece una casa de juguete. También se domina el valle y las montañas que se desparraman en el paisaje. Chaguito coge su machete y comienza a desenterrar las cepas de plátano. Les quita la tierra, a veces con los dedos, y luego saca las raíces. Observo por un momento y entonces comienzo a hacer lo mismo. Me observa por el rabillo del ojo y sugiere que los plátanos crecerán mejor y más fuertes si se escogen cepas robustas, y si yo no las corto por la mitad con mi machete como las cortaba al sacarlas del suelo.

El sol que baña la abierta ladera va cambiando gradualmente de tibio a caliente mientras trabajamos avanzando la mañana, hundiendo el machete en la tierra deseando que entre fácilmente en tierra húmeda y que no se estelle contra las piedras que a menudo se esconden a unas cuantas pulgadas de la superficie. Pronto se me cansa el brazo. El mango de madera del machete encuentra un punto que aún no se me ha encallecido justo debajo del pulgar y comienza a hacerme una ampolla.

—Chaguito, ¿qué piensas del trabajo de agricultura?

—No es que la agricultura dé, pero a mí me ha gustado la agricultura porque uno está sembrando la comida de la familia; está pensando en los hijos que a uno le quedan aquí.

Calla por un momento mientras sus manos se mueven ágilmente, sacando las cepas y apilándolas en un espacio del suelo un poco más nivelado.

—Pero si yo hallo otro trabajo distinto que la agricultura en que yo pueda ganarme la comida, no es que me voy a quedar en la agricultura. No.

—Y ¿qué tipo de trabajo en la agricultura te gusta menos?

—No hay trabajo que no me guste. Cuando uno se faja con la agricultura hay que hacer de todo. Lo que a mí más me gusta es sembrar, porque ahí está la esperanza, lo que uno siembra.

—Pero dime, ¿tú nunca sientes dolores trabajando?

—Bueno, sí. Algunas veces, sembrando, me cae un dolor aquí, (señala los omóplatos con el machete) entre los hombros que no me puedo aguantar y me acuesto en el suelo para ver si se me alienta. También aserrando, algunas veces se me pegan unos dolores aquí en la espalda y no puedo levantar los brazos. También hace poco, las rodillas se me cansaban caminando. Y los brazos me dolían de aquí (los codos) hasta aquí (los hombros).

De pronto se interrumpe la conversación al chocar mi machete con un nido de avispas que estaba escondido entre los matorrales, descubrimiento que hago sólo después de haber sido picado en una oreja y en el antebrazo. Tratando de poner buena cara para ocultar el dolor y la contrariedad, me calmo viendo a Chaguito juntando ramas y yerbas secas y quemándolas y contándome historias de cuando las avispas lo picaban cuando era niño para levantarme el ánimo. Entonces se sienta, se saca de detrás de la oreja su cigarro y lo enciende.

Hay un momento de quietud y entonces se oyen los niños gritando y riendo mientras juegan junto a la casa. Ambos reímos. Le pregunto entonces a Chaguito si Chepe trabaja todavía en el campo.

—Uno los deja a ellos como ellos quieran, mientras tanto. A los ocho años se ponen a trabajar trabajitos, cogiendo palos, buscando la vaca. Gilda empezó a los 10 años a poner el fuego por la mañana. Y tal vez cuando Chepe tenga catorce años, lo llevaré a trabajar en el conuco. Antes de eso, ellos vienen al conuco y hacen cositas —como ellos quieran. De esa manera, ellos llegan a ser más dispuestos para trabajar —se disponen más. Y cuando ya hay que trabajar, están más impuestos. Algunas veces se ponen a coger los granitos de café que dejan caer los ratones en los cafetales. Se queda callado por un momento y luego continúa: “Los hijos de Colín estaban trabajando desde la niñez. Yo recuerdo que cuando el varón ya tenía ocho años estaba trabajando junto con él en el conuco. Y a los diez años ya estaba trabajando por paga junto con su papá. Obligado. Para ganar la manutención de la familia”.

—Nunca puedo entender, Chaguito, cómo Uds. pueden aguantar tantos hijos.

—Es difícil. Tenemos demasiados hijos aquí en el campo y algunas veces los criamos como animales. Algunas veces me pongo a pensar. Se dice que, a los hijos, Dios les va a dar el pan. Pero no se dice que les va a dar educación. ¿Entonces qué herencia le dejará a los niños? Ya las cosas están tan estrechas. No hay tierra. Y no se puede dar educación a tantos muchachos”.

—Pero, ¿no se puede hacer algo?

Me mira y me dice con expresión docta:

—Se dice que la mejor manera de planificar es coger tres uñas de una pata de burro y hervirlas bien en una tisana y tomársela. ¿Qué piensas de eso?

Un buen antropólogo debe comprender las costumbres locales. Y conociendo los extraños brebajes que hacen los curanderos locales, mantengo una expresión seria e inquisitiva, subiendo los hombros y preguntándole con los ojos. Pero entonces percibo un leve guiño en los ojos de Chaguito. Sus labios, que momentos antes estaban apretados, comienzan a abrirse en una amplia sonrisa que inmediatamente se convierte en estrepitosa carcajada de ambos. Lo delicado de la conversación sobre control de la natalidad se ha desvanecido.

—¿Pero tú nunca has pensado en algo un poco más fuerte que eso para planificar tu familia?

—El pensamiento mío era —yo vivía consultando con los padres. Ellos dicen que eso no se podía— que no se puede evitar. Entonces cuando yo tenía como seis hijos, yo seguía. Tenía que seguir para no desobedecer. La única manera que yo usé fue botarlo. Entonces, volví a hablar con los padres. Y ellos me dijeron que eso no se podía hacer de ninguna manera. Y no les decía nada a ellos. Si ellos decían una cosa así, uno no se atrevía a discutirla. Yo volví, dejándolo. Quedaba allí a la voluntad de Dios. Pero después de que Mélida tenía otro, yo seguí, botando el semen afuera.

—Hace cuatro años, yo empecé con el método de contar días. Pero no tuvo resultado. Eso es difícil cuando la mujer no tiene regularidad. Y ella ha pasado hasta un mes sin tener nada. Los padres dicen que se debe usar ese método. Y yo no me atrevía a decir el problema de la mujer. Cuando uno está ciego, tiene vergüenza de decir esas cosas. Pero uno no debe tener vergüenza porque esa gente sepa más que uno.

—Ahora mismo, yo estoy decidido, aunque sea por un tiempo de cinco años, estoy pensando evitarlos durante ese tiempo. Y Mélida ya está decidida también. La pobreza de uno —y ya uno con diez hijos basta. Porque si uno se pone a echar hijos y dejarlos como burriquitos, ese no es el plan de ser cristiano. Y me puse a pensar que uno es responsable de todos esos muchachos. Y mejor evitar algunos, que verlos pasando trabajo y hambre. Si hubiera sido por mí, no hubieran más de seis. Pero yo nunca quería caminar contra los padres. Y yo siempre iba con lo que me decían.

—Y el tener una familia grande, ¿no es una señal de ser más hombre?

—Habemos hombres que hacemos todas esas cosas por hombría. Cuando uno tiene una mujer, y quiere hacerle hijos, hacerle hijos, hacerle hijos, eso no es bueno. Y conozco un viejo que decía: ‘Hay que hacerle hijos porque para eso es que ella sirve’. Porque él pensaba que era para eso que ella servía”.

—Y dígame: ¿por qué decía R. esta mañana: ‘Chaguito es una tranca de hombre ya tiene siete hijos varones?’

—Ella piensa que ellos van a ayudarme mucho en el trabajo.

—¿Y tú prefieres varones o hembras?

—A mí siempre me han gustado más los varones por el caso de que con las hembras siempre hay que ir guardando más cuidado. No pueden salir solas sin compañeros. Una muchacha andando sola es problemática por los muchachos. Uno no sabe dónde ella se va a parar. Pero con los varones no. Ellos salen solos sin problemas.

Nuestra conversación es interrumpida por un coro de voces infantiles que se oye desde allá abajo: “Papá! ¡Papá! ¡Ven a comer!”

Mientras Chaguito y yo habíamos estado trabajando y conversando, las mujeres habían estado atareadas también. R. y Gilda habían pasado casi toda la mañana lavando en un arroyo cercano. Hervían las ropas más sucias en una vieja y ennegrecida lata de kerosene de cinco galones colocada sobre el fuego cerca del arroyo, las enjabonaban con una pasta de jabón de lavar, estregaban fuertemente la ropa en una batea de madera, la enjuagaban en el agua fría que corría y burbujeaba alrededor de sus rodillas, luego, la enjabonaban, la estregaban, y la enjuagaban una y otra vez, hasta que quedaba limpia. Mélida se ocupaba en tareas menores: barriendo, fregando los platos del desayuno y las cacerolas, cambiando las ropitas orinadas del bebé, y preparando leche en polvo para el niño de dieciocho meses. Mélida considera su vida como “una vida forzada —blanqueando el fogón todos los días (con una pintura hecha de *tierra blanca* que es en realidad arcilla blanca), blanqueando la cocina una vez cada semana, planchando toda la ropa —aún la ropa de trabajo— lavando, cocinando, barriendo la casa y la cocina, y bregando todo el día con esos niños.

A eso de las 9:30, Mélida había prendido el fuego del fogón y había puesto las habichuelas a cocinar. Más tarde había puesto las ollas grandes para cocinar los plátanos, los guineos verdes y el arroz. Todo está caliente cuando Chaguito y yo cruzamos la puerta abierta de la cocina y nos mezclamos con los niños que retozan, gritan y corretean. Una ponchera de aluminio llena de agua limpia, espera nuestras manos sucias. Uno de los chicos entra a la casa y regresa con una tolla para mí aún antes de terminar de lavarme las manos.

Mélida coloca un plato lleno de arroz frente a cada uno de nosotros, y pone las habichuelas, los guineos y plátanos salcochados en fuentes comunes. Recuerdo la distancia que sentían hacia mí cuando varios meses atrás, visité a Chaguito y su familia por primera vez y me dieron un plato separado para todo. Veo sobre la mesa otra lata de sardinas y le recuerdo a Chaguito su promesa de no hacer

nada especial por mi visita, y ambos reímos. (Si yo no hubiera sido bien explícito, hubieran matado un pollo para servirlo en el almuerzo, que es una costumbre de hospitalidad aún en un hogar pobre donde sólo quede un pollo. Pero si yo no hubiera tenido confianza con Chaguito, decirle que no matara un pollo hubiera sido insultarle). Los tres chicos menores se sientan en un banquito, comiendo con evidente apetito. Chepe tiende en el suelo un viejo saco de cañamazo de abono de café y se sienta con su plato. Los demás comen de pie. El pequeñín de dieciocho meses, se sienta en su cajita de madera, jugueteando con una cuchara y observando. El ya comió antes de llegar nosotros. El bebé duerme en la casa. Mérida es la última en servirse y se sienta a comer en un banco que está junto al rincón.

Hay un raro silencio en la cocina mientras el tintineo de las cucharas contra los platos de metal reemplaza a las voces de los niños que comen glotonamente. Se oye un trueno a lo lejos. Entonces me doy cuenta de que el radio está encendido. Colocado encima de la mesa entre Chaguito y yo, nos da las noticias del mediodía y los comentarios críticos del Padre Bazán. Chaguito y yo comemos en silencio escuchando. “¡Jesús Caray!” murmura meneando la cabeza al oír la noticia sobre alguien a quien han apuñaleado en Santo Domingo. Me maravillo de la cantidad de arroz y de guineos verdes que Chaguito devora con rapidez. Mi apetito no se puede comparar con el de él y me preocupa que Mérida vaya a pensar que no me gusta su comida o que se vayan a sentir avergonzados de que no haya nada mejor que brindarle a su huésped “de Nueva York”. El perro y los pollos rastrean ansiosamente el suelo, atrapando pedacitos de plátano y puñitos de arroz que les tiran los niños.

Terminada la comida comienza la acción de nuevo: Chepe le juega bromas al perro haciéndole creer que le va a tirar un plátano. Gilda acuesta al bebé de dieciocho meses sobre un saco y le hace cosquillas en la barriguita desnuda mientras lo arrulla suavemente y el chiquitín se ríe feliz. Los pollos más osados saltan hasta el fogón y sobre las ollas, pero Mérida los espanta y los chicos los acribillan con pedazos de guineos.

El trueno es más fuerte ahora pero nadie parece notarlo: los chicos han visto a Chaguito coger una pasta de dulce de guayaba hecho en el lugar, que yo traje en una funda de papel. “¡Dulce! ¡Dulce!” gritan arremolinándose alrededor de la mesa. “¡A mí, Papá, a mí!” Chaguito corta con cuidado, lonjas finas y las pasa a las manos que esperan. Ya la lluvia comienza a sonar sobre el

techo de pachulí de la cocina. El pachulí es una yerba alta y fuerte. “Vamos a la casa”, dice Chaguito, dándome el pedazo de dulce que yo había declinado hasta que los niños hayan cogido el de ellos. “Ya el pachulí está viejo y se moja aquí en la cocina”. Los niños entran corriendo, Gilda con el pequeñín de dieciocho meses en los brazos, seguida de Mélida, quien lleva una toalla en la cabeza. Chaguito y yo entramos las dos sillas y el banco.

Yo me siento en una silla y Chaguito en el banco con los pies en la otra silla. Mélida se sienta junto a él, descansando la cabeza en la rodilla de su marido. Ella cierra los ojos. El la abraza por los hombros y ella, apoyando los codos contra los muslos de Chaguito, levanta ahora la cabeza y la sostiene con las manos en el mentón. La lluvia cae fuertemente pero sin hacer ruido al precipitarse sobre la madera, tan distinto a los techos de zinc (de muchas casas recién construídas) que imposibilitan la conversación.

Los niños retozan en el piso de madera, excepto el encuerudo de Chelo que se acerca a nosotros. Se ríe cuando Chaguito le dice que se vaya a jugar con los demás, amagando en broma con quemarle el bimbín con el cigarrillo. El alboroto de los niños parece ahogar el ruido que hace la lluvia. Chaguito, con un gesto los señala y dice:

—Cuando están jugando así, hay que dejarlos jugar. Pero algunas veces, cuando están retozando hay que hablarles duro.

Volviéndose a cuatro de ellos que ahora están saltando y gritando frente a nosotros para atraer nuestra atención, les dice simulando estar muy serio: “Búscame una sogá para yo arreglar esos muchachos”. Gritando y riendo, salen todos corriendo para la cocina. Volviéndose de nuevo hacia mí, dice: “Cuando uno está muy bellaco le doy unos golpecitos con una soguita o con la gorra”. N., sonriente y con cautela, mira desde la puerta con una soguita en la mano pero se vuelve corriendo a la cocina cuando Chaguito y yo lo miramos.

—Hay gente, sigue diciendo Chaguito, que lo hace demasiado duro. Tal vez no saben lo que les pertenece a los muchachos. Hay que meterles algunas veces, pero no para matarlos. Ya yo casi no tengo que meterles, porque yo pongo la cara, y ya ellos saben.

Dos de los pequeños vuelven a entrar en la casa, uno de ellos persiguiendo al otro, y entran en el aposento. “¡Coño!”, dispara el de cuatro años al pasar junto a nosotros. Todos reímos. Chaguito dice:

—Dizque había una mamá que tenía un muchachito así. Y por decir 'carajo' le dio un golpe en la boca. Y el muchacho se quedó mudo. Yo dejé a N. cuando él estaba diciendo coño y carajo. Y ya el lo dejó.

Ahora la lluvia cae intermitentemente sobre el techo con suavidad que de vez en cuando rompe un relámpago o algún trueno distante. Chelo vuelve de la cocina y se sienta en las piernas de Chaguito. Uno a uno, los otros van llegando. Chaguito y Mérida comienzan a señalar varias partes del cuerpo mientras Chelo trata de recordar las palabras que designan a los dientes, los cabellos, los pies, y las orejas. Los otros soplan las respuestas y se ríen de la extraña pronunciación de Chelo. Pero al poco rato comienzan a brincar y a corretear en la pequeña habitación. Chaguito frunce el ceño: "¡préstame el lazo!". Y todos salen corriendo hacia la puerta otra vez.

Mérida sonríe.

—Algunas veces, cuando uno cree que se han caído de alguna parte, se pone nervioso. Hace una semana, Gilda se echó una pila de leche caliente arriba. Se le quemó todo eso. (Mérida señala el estómago. Chaguito añade:) Yo estaba en el conuco y cuando oí los gritos, pensé que se estaba muriendo y fui corriendo a la casa. Pero, gracias a Dios que no fue demasiado serio.

Le pregunto a Mérida si los chicos se enferman a menudo.

—Ellos siempre andan con gripe en el invierno, tosiendo y con catarro. Pero gracias a Dios nunca ha habido nada demasiado serio. Nunca se ha muerto uno, gracias a Dios. Pero ahora mismo Chepe no está para ir a la escuela —tiene un dolor en los oídos. La misma gripe lo pone mal de los oídos. Chaguito lo ha llevado dos veces a Santiago. Primero al Dr. M. El le quitó \$6.00, le dio algunas gotas que no le hicieron nada. Después se lo llevó a los Americanos (missionary doctors). Le dieron unas gotas para los oídos y la nariz y le quitaron \$1.00. Pero tampoco le hicieron nada. Pero cuando llevamos al chiquito a La Sierra, y le dieron gotas, le sirvió a Chepe también. Pero ahora, si aguanta sol, sufre.

—Es difícil aquí, agrega Chaguito. No hay médicos aquí en el campo. Uno tiene que viajar al pueblo para cualquier cosa y allá los médicos cobran mucho. Hay mucha de la gente más pobrecita que no tiene con qué llevar sus hijos al médico o para comprar medicina.

Mira a compadre A. A él se le han muerto tres niños. El pobre no tiene con qué alimentarlos y cuando caen enfermos no puede sacarlos a un médico.

—Y cuando uno cae enfermo, pregunto, y no puede ir a caballo ¿cómo lo sacan?

—En una litera. Muchas veces la hacen de una cama o de una frisa. Y se juntan 20 ó 30 hombres para ir cargándolo. Lo más difícil es cuando el río está crecido y hay que cruzarlo. Y recuerdo una noche cuando a Chelo le dio el colerín. Como a las ocho de la noche empezó la diarrea y entonces empezó a vomitar. Y como a las doce de la noche estaba blanquito. Y yo lo saqué para ir a La Sierra. Salimos de aquí a medianoche en la lluvia a caballo. Yo y Mélida y compadre Colín. Yo tenía a Chelo agarrado arriba del mulo. Los caminos estaban resbalosos con tanta lluvia. ¡Un peligro! Gracias a Dios el río no estaba demasiado crecido. Llegamos a El Río como a las dos de la madrugada. Y cogimos un yip (*jeep*) fletado. Cuando llegamos al pueblo a las tres y media ya Chelo estaba casi muerto. Pero el doctor le puso algunas inyecciones y lo salvó.

El *colerín* (enfermedad gastro—intestinal) es una de las mayores causas de muerte entre los niños de Jaida Arriba. La diarrea y los vómitos simultáneos deshidratan a un niño en cuestión de horas. También había afectado a otro de los hijos de Chaguito. Este, inmediatamente se dirigió hacia el pueblo con la niña, pero en el camino se encontró con un amigo que llegaba del pueblo con la medicina contra el colerín para dársela a un hijo suyo. Chaguito la llevó donde un vecino que sabía poner inyecciones, y la niñita se recuperó pronto.

Sigue diciendo Chaguito:

—Una vez, Gilda tenía difteria —una cosa grande en la garganta. Ella casi no podía respirar. Eso sí si uno no anda vivo, se muere. Yo la saque a ella a un médico que trabaja para Sanidad. El le puso algunas inyecciones y ella se sanó. Me quitó \$3.20.

—¿Y tú nunca has caído enfermo?

—La cosa más seria que me pasó a mí fue cuando yo sufría de resfriado.

—¿De qué viene eso?

—Eso viene algunas veces cuando uno se moja caliente y la sangre se le daña a uno. Eso me dio un dolor en la cabeza y el cuerpo no quiso hacer nada. Como que no quería trabajar. Yo no tenía valor ni para trabajar ni para resolver ningún problema. Yo no podía echarme un machete al hombro —era una cosa demasiado fuerte. Tenía que vivir fuñido con eso. Eso me duró cuatro años. Yo traté de subir al conuco para trabajar, pero no podía subir. Yo estaba muy débil. Y en las espaldas, aquí, no podía aguantar el dolor tan tremendo. Y cuando me acostaba, algunas veces me sentía una cosa adentro y me brincaba —era una cosa que me daba vueltas por dentro. Y me paraba la respiración —no podía respirar. Y yo brincaba de la cama. Y algunas veces cuando estaba comiendo, tenía que salir huyendo. Yo busqué remedios con curanderos. Pero esas son gentes que no saben —gentes que le dan una tisana y uno se sana, y todo el mundo piensa que pueden curar. Son brujos.

—¿Por qué fuiste a los curanderos entonces?

—Yo fui donde ellos porque los doctores no conocen eso de resfriado. Entonces alguna gente me decía: 'tal fulana cura eso'. Y en tiempos así, uno no piensa bien. Hasta loco se pone uno, sin juicio. Yo fui a Z., un curandero en La Loma. El me daba una media botella con una tisana vieja, y con eso me despachaba. Y me robaba los cuartos. Me quitó hasta \$2.00. Yo fui dos veces donde él. Entonces yo fui a otro. Ese me dio una cosa vieja —como amarga, un palo amargo en una botella con otra cosa. Y una pasta como "*Vicks Vapo Rub*" en una caja de fósforos, para ponérmela en los pechos y las espaldas. Y también me dio un frasquito de eso que se vende en la farmacia que se le dice linimento, para tomar. No me dio resultado. Me quitó \$3.00 por eso.

—¿Y ellos no usaron vasos de agua y velas?

—El primero, sí. Cogió un vaso con agua y se ponía a verlo, a darle vueltas. Y mirando en el agua con la luz de la vela se ponía a decir por donde le dolía a uno. Allí él le decía lo que uno tenía. El decía: 'tú tienes resfriado en la sangre. Y te duele mucho la cabeza. Y el cuerpo tuyo no puede menearse porque te duele.' Y él tenía una agüita hervida y un polvito. Y él echó eso dentro del agua y me dio eso como medicina. Yo creía en él. Y por eso volvía. Pero cuando los remedios no me acertaban, yo decía: '¿Para qué es que estoy visitando esos sinvergüenzas?' Eso fue hace diez años. Y no he regresado después. Ni Mérida tampoco. Yo sufrí eso por cuatro años. Y por fin me sané con una cosa que Mamá me mandó de Santiago

—*Menthol—Chino*, una pasta como *Vapo Rub*. Se pone un poco en la lengua, y se bebe un poquito de agua tibia.

—¿Había mucha gente que iba a esos curanderos?

—Cantidad. Gente bruta. A él no le faltó gente. Uno, en ese tiempo, estaba ciego. Pero ya la gente no está tan ciega. ¿Cómo es que un pata de puerco que no ha estudiado va a saber? Un doctor tiene que estudiar todas las partes del cuerpo, por ejemplo. Y ese, no conoce ni la “o”. El que no ha estudiado es solamente un burro.

Entonces le pregunto a Mélida sobre dar a luz en el campo. Ella contesta que nueve de sus diez hijos nacieron aquí en la casa, con la ayuda de una partera. Sonriendo, recuerda una costumbre de la partera:

—Cuántico que una mujer le daba a luz, ella quería beber café. Y Chaguito tenía que colar el café. Chaguito ayudaba. Algunas veces, Chaguito tenía que hervir el agua para el parto.

Chaguito llevó a Mélida a Santiago a dar a luz a uno de los niños en el hospital público. El parto se había retrasado cinco días y Chaguito estaba preocupado. La atención médica en el hospital es gratis, aunque Mélida tuvo que llevar su ponchera, su taza, y una cuchara. Tenían que pagar la mayoría de las medicinas o comprarlas en una farmacia cercana. Chaguito necesitaba unos \$35.00 para pagar el viaje, la comida, y para los gastos médicos y no tenía dinero en ese entonces. “Yo fui donde P.D. para ver si él podía darme el dinero arrendado. Pero él me dijo que él no lo tenía. Yo sabía que él tenía pero él no quiso dármelo. Tal vez por desconfianza. Entonces yo fui donde H., pero tampoco él quiso dármelo. Esa son gente que tienen sus dos o tres miles de pesos, pero nada más quieren para sí. Entonces un día, cerca del comercio, un primo hermano mío me llamó. El había oído que yo estaba en necesidad y me dijo: ‘Mira, si tú necesitas dinero, aquí hay lo que tú quieras.’ Yo le expliqué que necesitaba \$35.00. El se puso la mano en el bolsillo y me dijo: ‘Toma esos \$40.00. Y después, cuando yo le pagué, él me dijo.’ Aquí siempre estamos a tus órdenes en cualquier tiempo que necesites.”

Gilda llega del aposento teniendo en los brazos al pequeñín de dieciocho meses y con un biberón que contiene una tisana tibia de canela, clavo y anís. Ella le dice a su madre que el niño está devolviendo todo lo que trata de darle. Mélida le dice que acueste el bebé por el momento. Se vuelve hacia mí y me dice:

—Tiene una tos tan mala con esa gripe, que casi no puede tomar las cosas, agrega que este niño nunca ha estado bien. Yo había notado también que el niño tenía problemas para mantener derecha la cabeza.

—Parece como que está débil de los huesos. Desde el principio se puso como flojo del cuello. Lo llevamos al médico en el pueblo. El le dio una inyección contra los vómitos y algunas vitaminas. Eso ayudó con los vómitos, pero siguió flojo del cuello y de los huesos. El quiere pararse pero no puede. También empezó a temblarle la vista. Chaguito está por llevarlo a otro médico, pero él nunca hace la diligencia.

Chaguito explica:

—Yo no le he llevado a otro médico ahora porque no aparece con qué. Estoy pensando llevarlo este sábado si puedo conseguir el con qué. Tengo que conseguir el dinero con alguien. Si necesito, hasta venderé café a la flor, pero hasta ahora, con la cooperativa, no he tenido que hacer eso. Pero ahora la cooperativa no tiene dinero.

Antes de la Cooperativa, Chaguito tenía que “vender” parte de su café antes de la cosecha, comprometiéndolo con algún comprador —que generalmente era algún comerciante local— para obtener dinero en efectivo para cubrir necesidades urgentes: enfermedades, bautizos, muertes, deudas que tenían que pagarse. Pero el precio era siempre mucho menor que el precio del mercado en tiempo de cosecha. Cuando Chaguito se casó, hace doce años, estaba constantemente corto de dinero entre zafra y zafra, y dependía de los comerciantes para que le fiaran la comida hasta que llegara el tiempo de hacer su cosecha. Pero desde hace unos seis años, pocas veces ha tenido que vender su café “a la flor”. Es decir, antes de cosecharlo.

—Siempre tenía plátanos o yautía para vender. Y cuando se abrió el corte de pinos, había mucha facilidad para ganar dinero. Yo conseguí un par de bueyes y empecé a halar palos por paga. Yo trabajé a medias con el dueño de los bueyes. Y aserré también. Y vendí la madera. En ese tiempo no había un gobierno fijo (esto fue después de la muerte de Trujillo) y todo el mundo estaba cogiendo madera. Entonces después de aserrar o halar, yo pasé algunos días aquí en la casa. Y cuando se me acabó con qué comprar la comida, me fui a aserrar otra vez. Uno no pasaba hambre en ese tiempo. Las cosas eran más fáciles. Pero cuando se terminó el corte, yo aserré pocas cosas. El café mío estaba dando como cinco o seis quintales, y

yo tenía que venderlo casi todo antes de la cosecha. Y tenía que echar algunos días también, desyerbando y despulpando.

—¿Qué cantidad de café tuviste que vender antes de la cosecha hace cuatro años, el año antes de organizarse la cooperativa?

—Empecé a vender café en junio, julio y agosto para entregar en marzo, abril y mayo del año siguiente. Y vendí como dos o tres fanegas a T. y dos o tres fanegas a Francisco por \$25.00 la fanega. En ese tiempo, otros estaban recibiendo \$20.00 y \$22.00 la fanega. Quizás yo conseguí más por T., como era hermano. Pero, ¡qué ayuda!

Cuando vino la cosecha, ¡yo vendí una fanega que me quedó libre por \$40.00! T. llegó a vender café ese año a \$35.00 hasta \$40.00. Imagínate: ¡café comprado a la flor a \$20.00 y a \$25.00! Y una vez en ese año cuando yo necesitaba \$10.00 como dos meses antes de la cosecha para llevar un niño al médico, tuve que venderle otra fanega de café a T. a \$25.00 ¡Y ya la cosecha casi estaba! Cuando uno necesitaba dinero siempre había que dar el café a un comprador a mitad de precio. Si ellos no estaban ganando la mitad, no compraban. Y con la necesidad, uno tenía que hacerlo.

—¿Pero no le agradecías a estos comerciantes que te facilitaban dinero cuando lo necesitabas tan urgentemente?

—Uno les estaba agradecido, porque la necesidad hace hacer las cosas; pero por lo demás, no estaba agradecido. Uno no quiere venderlo así. Pero la necesidad de un pobre lo obliga a uno —como la necesidad de comprar medicina, ropas, de resolver un problema. Tal vez uno lo cogía fia'o. Y entonces el comerciante se lo cobraba a uno, y uno tenía que vender el café antes de la cosecha para pagar la deuda. Yo recuerdo una vez que yo estaba cogiendo fia'o a un comerciante. Y le debía \$85.00. Pero pagué \$48.00, y quedaron \$37.00. Y me quedaba un poquito de café en las matas. Y me mandó a decir que él necesitaba los cuartos. Yo tenía una fanega de café para pagarle, pero no quería venderlo antes de la cosecha. Pero en ese tiempo yo no tenía ni un lechoncito para vender. Y tenía, obligado, que vender el café para pagarle.

—¿Y qué pensabas tú cuando el te cobró la cuenta?

—Bueno, era como un boche — como el que no tenía la confianza de que yo iba a pagarle. Pero yo mismo siempre me llevaba a decir:

está bien que uno se ponga medio bravito. Pero uno pensaba que eso era de ellos, era el dinero de ellos, había que pagarlo, había que buscar la manera de pagarlo.

La lluvia había cesado y los rayos del sol de la tarde se colaban a través de las nubes, poniendo a centellear las gotas que colgaban de las anchas hojas de plátano y de guineo. Chaguito y yo salimos para la tienda de la cooperativa. Mélida necesita aceite, sal y kerosene. Para llegar a la tienda hay que caminar durante cuarenta y cinco minutos pero Chaguito disfruta de la oportunidad de alejarse un poco de las labores del conuco y así charlar un poco con la gente que pueda encontrar en la tienda.

El camino va descendiendo abruptamente cruzando muchos arroyos, que ahora se precipitan hinchados y cenagosos, por las laderas de las montañas hasta llegar a engrosar al río Jaida que se oye bramar a lo lejos. El barro colorado es resbaloso, y en muchos lugares el fuerte tráfico de mulas y de gente ha formado hondos y estrechos surcos que la lluvia va ahondando cada vez más. Mientras resbalo a pesar de las gruesas suelas a listones de mis botas, me maravillo de la agilidad y el equilibrio de Chaguito que sólo lleva sus zapatos plásticos con suela lisa.

Pronto, el pequeño trillo se cruza con un camino real. Cerrando cuidadosamente la puerta de campo para evitar que el ganado que está pastando se salga, cogemos el camino real y nos dirigimos hacia la tienda. Hacia la izquierda hay un ranchito cuyo techo de pachulí contrasta con el techo de tablas de la casa de Chaguito, que es más grande, o con los techos de zinc de muchas de las casas de los demás cosecheros de café. El piso es de tierra apisonada y no hay muebles. Las paredes de la cocina están hechas de palos parados unidos con bejucos y el techo es de yagua. Frente al bohío aparece B., que por un momento deja de barrer y nos dice: "Entren a tomar café!" Qué vieja se ve esta mujer, con el pelo gris recogido en un moño detrás de la nuca, con la piel arrugada y devastada pegada al frágil y fino marco de su rostro! Mi abuela, que tiene setenta años, luce joven comparada con ella; aún así, esta mujer tiene que caminar durante media hora para llegar a la tienda a buscar comida, va en mula o en jeep adonde el doctor, lava ropa metida en los fríos arroyos. Las mujeres envejecen rápidamente aquí, siempre embarazadas o recién paridas, con sus anémicos cuerpos dando poca leche para sus senos. Y aún queda fuerza para los trabajos diarios.

—Gracias, pero ya es tarde, responde Chaguito mientras saluda.

El rostro, curtido y moreno, se le ilumina con una amplia sonrisa que descubre sus blanquísimos dientes postizos y que estira las arrugas que le circundan los ojos. “¡No, no! ¡Entre! ¡Entre! Es temprano todavía”.

—Vamos a ver si podemos llegar, respondo yo mientras avanzamos.

B. sólo tiene un hijo que vive en Jaida Arriba. Sin tierra que cultivar, este hombre vive de lo que puede ganar *echando día*. Cuando su mujer murió al dar a luz a su quinto hijo, su madre vino para ayudar a cuidar a los niños, dos de los cuales son tullidos, aún no caminan a la edad de seis y ocho años respectivamente. La comunidad había recogido dinero durante la misa de los domingos hacía algunos meses para ayudar a mandarlos al hospital de niños de Santiago. El médico dijo que el problema había sido ocasionado por falta de nutrición y de calcio.

Mientras seguimos camino, Chaguito habla de la pobreza de B. y de su hijo, y de los problemas que tienen para sobrevivir sin tierra productiva. Pero también agrega que esta gente son de los muchos que malgastan su dinero en *vicios*: quinielas, gallos, billar, dados y ron.

—Y tú, ¿nunca has tenido ningún vicio?

—Nosotros los dominicanos somos viciosos. Pero el único vicio que me domina a mi es eso de fumar.

—¿Y en los tiempos de antes?

—Bueno. Un viejo, L., cuando yo estaba un hombrecito, él vivía cerca de mi casa. Y siempre estaba charlataneando conmigo. El me preguntaba: ‘¿Qué cosa te aspira más a tí?’ Yo le dije: ‘La agricultura.’ Y él me preguntó: ‘¿Y tú no quieres aprender?’ Yo le dije: ‘Bueno, si puedo aprender, aprendo.’ Me dijo: ‘Yo te doy un consejo. El hombre tiene que aprender de todo, de todo menos robar. Tiene que aprender hasta a jugar. Porque el hombre que no sabe no tiene de qué vivir en el futuro.’ Entonces decidí aprender a jugar. Un domingo fui con doce cheles para jugar dados. Y gané \$3.50. Pero cuando tenía ese dinero en mano, me fui para mi casa. La semana siguiente, llevé 25 cheles y gané \$7.50. Pero L. me dijo: ‘El día que tú tengas dinero, no juegues.’ Entonces cada sábado yo llevaba solamente 25 ó 30 cheles, para no jugar más que eso.

Entonces pasó un tiempo en que yo perdí por tres semanas. Y no volví jamás a jugar.

—Y con la quiniela, ¿tenías mucha suerte con eso?

—Yo nunca jugaba mucha quiniela. Yo nunca jugué eso como un vicio. Yo nunca pensaba que me iba a sacar algo en eso. Yo metía cositas, para estar en la cosa. Yo nunca me saqué nada en eso. En billar, jugaba una semana o hasta dos. Pero yo no lo usaba como vicio. Yo jugaba más billar que dado, pero de diez o cinco cheles. Algunos perdían hasta 50 cheles y hasta un peso, pero yo no. Yo no jugaba más que diez o cinco cheles. Un vicio es cuando uno quiere estar en eso todo el tiempo.

—¿Y los gallos?

—No, a mí nunca me gustó eso. Compadre V., sí. El va a la gallera en La Loma todos los domingos. ¡El es un fanático de eso!

La capilla pintada de azul y con techo de zinc, aparece sobre una cima al doblar nosotros una curva del camino y entrar en el “centro comercial” de Jaida Arriba. Hay un pequeño salón comunal que fue construido por los campesinos después de terminar la capilla; a cada lado del camino, hay dos salas de billar muy frecuentadas los domingos; tres cocinas de madera en cuyos fogones trabajan mujeres emprendedoras los domingos y los días de fiestas para proveer de comida a aquellos que viven muy lejos para regresar a almorzar en casa; una carnicería cuyo carnicero toca su fotuto de concha una o dos veces por semana para anunciar la matanza de un puerco o, los sábados, de una vaca; dos pequeñas pulperías que venden tan poca sal, azúcar, arroz, aceite y ron que sus dueños están constantemente amenazados por las deudas sin pagar a las tiendas más grandes adonde ellos compran; y en el centro, uno frente a otro, se hallan el comercio de Manuel y la tienda de la Cooperativa, con sus techos de zinc y su pintura azul exhibiendo su tamaño y su prosperidad, entre las grises y viejas estructuras que las rodean.

Subiendo la calzada de cemento que como acera citadina rodea el perímetro de la Cooperativa, entramos.

— ¡Hola! ¿Cómo estamos? ¡Cuánto tiempo! , nos saluda alegremente el administrador de la Cooperativa (un campesino escogido por los miembros), extendiendo los brazos por encima del mostrador para abrazarnos a los dos.

—Y, ¿cómo está esa vida? ¿Cómo lo tratan?

—Un poco mojado, respondo riendo. ¿Y tú?

—Bueno, mejor, gracias a Dios.

Miro a los cuatro hombres que están jugando dominó en la mesa junto a la puerta. Su concentración es tan intensa que apenas miraron cuando llegamos. Pero ahora, V. triunfante, estrelló su última pieza de dominó contra la mesa y los demás muestran las que les quedan en las manos contando los puntos que van a favorecer a V. Entre el ruido de las fichas que se entremezclan para la siguiente partida, nos saludan a mí y a Chaguito. Me acerco a ellos apretándoles las manos por encima de la muñeca. Pero P. se levanta sonriente y con la cabeza erguida, y me da un abrazo.

— ¡Hola C.! Qué tal? saludos a su esposa.

— ¡Pero Ud. estaba perdido! ¡Hace mucho que no lo veía! ¿Cuándo viene por casa para tomar un café otra vez?

—Pronto, pronto, le aseguro, un poco ruborizado por no haber regresado a visitarlos después de continuas invitaciones. Y Manuel, ¿dónde está?

—En Santiago, comprando. Y en qué podemos servirle?

No necesito nada, pero compro una libra de arroz, un rollo de papel sanitario y un puñado de caramelos de menta de a “chele”.

En la tienda de la Cooperativa, Chaguito y el administrador se han ido al cuarto trasero para conversar. Al volver, noto a Y., un campesino pobre que está sentado en un rincón. ¿Estaba acaso ahí cuando Chaguito y yo llegamos y saludamos a todos los demás? Descalzo, con la camisa rota y remendada, él fue uno de los muchos campesinos pobres que no vinieron a saludarme cuando llegué aquí hace un año. Nunca me había invitado a su casa. Cuando luego me di cuenta que en Jaida Arriba vivían muchos de estos campesinos pobres, hice un esfuerzo por tratar de vencer la vergüenza que ellos sentían frente a mí a causa de su pobreza, por no tener nada que ofrecerme si yo los visitaba en sus casas. Pero nunca había hecho amistad con Y., y sólo nos saludábamos.

—¿Cómo estamos, Y?

Se levantó y me dio la mano.

—Bueno, regular.

—¿Y la familia?

—Muriéndose de gripe.

— ¡No me diga eso!

—Sí señor. Tengo una muchacha que está casi muerta. No quiere beber ni las tisanas. Estoy pensando en llevarla a un médico, pero no tengo ni para eso.

Se frota el pulgar contra el índice indicando que no tiene dinero. Casi me arrepiento de haberle preguntado. Encontrándome siempre con gente llena de serias necesidades, siempre siento un sentimiento de culpabilidad por no hacer ofertas individuales de ayuda a pesar de mi resolución racional de no darle a uno sin darle a todos los demás, a menos que no hubiera una recolecta de la comunidad, como ocurría a menudo.

—Ken, ven acá, suena una voz desde el cuarto de atrás.

—Con su permiso, Y. Me excuso aliviado.

—Ud. es dueño, responde Y. sentándose de nuevo.

En una mesa del cuarto trasero (que se usa para tomar tragos, y a veces, para bailar, los domingos y días de fiesta) el administrador le ofrece a su compadre, a Chaguito, un vaso de jugo de pera enfriado en la nevera de kerosene. Hay un tercer vaso en la mesa para mí.

Chaguito había llamado aparte a su compadre para discutir sobre el dinero que le debía a la tienda de la Cooperativa, y sobre su escasez de dinero. El problema de Chaguito es común a todos los campesinos de Jaida Arriba, y un constante dilema: los campesinos productores de café necesitan dinero en efectivo hasta la zafra; los campesinos más pobres, hasta que encuentren un trabajo para ganarlo. Desde tiempo atrás, los comerciantes han resuelto esta escasez de dinero, ofreciendo capital en forma de avances en efectivo o crédito para adquirir comida e implementos. La posibilidad de que un campesino pueda limpiar un predio, cercarlo, sembrarlo, desyerbarlo, y recoger el café, a menudo depende de un comerciante

que esté dispuesto a avanzar los costos de producción (alambre, semillas) y suficiente crédito para obtener alimento para su familia. Antes de organizarse la Cooperativa, el comerciante facilitaría crédito hasta la zafra si se consideraba confiable un campesino y su futura cosecha, suficientemente grande como para poder pagar el avance. Todos los campesinos de Jaida Arriba se pasaban casi todo el año endeudados, preocupados constantemente por cosas tales como: "¿Podré hallar quién me fíe? ¿Cómo podré pagar este préstamo? ¿Adónde recurriré para conseguir alimentos si no puedo pagar?" Según Chaguito la situación era de constante preocupación.

—Durante el año entero, uno casi siempre tenía que coger fia'ó. Junio, julio, agosto, septiembre y octubre siempre eran los meses más apretados — porque no había en qué hacer dinero en esos meses. Esos meses siempre son así. Me hacen pasar mucho trabajo. Cuando ya el café pasa, ya uno no tiene. Y uno nada más está comiendo fia'ó. Y cuando uno está cogiendo fia'ó, uno siempre tiene una desconfianza. Siempre parece que nadie le quiere dar fia'ó a uno. Y también: vamos a suponer que yo voy a una pulpería. Y yo veo que no quieren atenderme pronto. Ya uno piensa que es porque uno está cogiendo fia'ó. Y ya uno está mortificado por eso. Tampoco la cosecha daba para pagar lo que uno se comía. Y siempre quedaba debiendo, y tenía que esperar la siguiente cosecha. Uno siempre tiene la preocupación de donde va a buscar el dinero, porque uno quiere pagar y buscar ese dinero. También uno está preocupado por ver, dónde va a conseguir el fia'ó. Pero cuando uno tiene algunas matas de café, siempre hay gente que le da fia'ó.

A cambio de crédito, el campesino estaba generalmente obligado a pagar sus deudas con café u otros productos. Así era como los comerciantes obtenían la mayor parte de sus beneficios, ofreciendo por la cosecha menos que lo que el campesino podía conseguir de alguna otra fuente de crédito. Muy a menudo, los campesinos tenían poca noción de la diferencia de precios. Y aún cuando lo supieran generalmente se veían forzados a venderle al comerciante que le había avanzado el *fiao* y de quien tendrían que depender de nuevo después de pasada la zafra. Por otra parte, en la compra del café, había a veces grandes diferencias (ignoradas) por el campesino) entre los precios pagados al campesino (por ejemplo, \$28.00 el quintal) y el precio que recibía el comerciante (por ejemplo \$35.00 el quintal)

También los comerciantes le subían los precios a los artículos que vendían a crédito. Chaguito siempre tuvo la sospecha de que le cobraban de más. Y una vez, cuando envió su cosecha para

acreditarla a su cuenta, descubrió —muy tarde— que no se la estaban acreditando correctamente. “Yo tiré doce quintales y medio, pero cuando yo fui a arreglar la cuenta solamente había un quintal y 20 libras apuntado. Allí yo quedé debiendo todo el dinero fiao —algunos \$20.00— yo le dije a Manuel: “¿Dónde está el otro café que yo te entregué?” El no sabía qué decir. Y él me acreditó tres quintales con 35 libras. Yo no sé por qué no me acreditó lo demás. Y él me preguntó: “¿Cómo vas a pagar lo demás?” Y yo le dije: ‘Cuando yo pueda lo pago. Yo no seguí con él. Yo no cogí un centavo más en esa pulpería.’”

Las cooperativas que se organizaron en Jaida Arriba tenían como finalidad resolver los problemas de la escasez de dinero que siempre campeaba antes de la zafra mediante el préstamo de dinero a sus miembros de un fondo acumulado con ahorros obtenidos durante las zafras, o que provenía de préstamos obtenidos de las agencias gubernamentales de cooperativas.

Sin embargo, este mes, la *Cooperativa Agropecuaria* (la cooperativa que mercadea el café) no tiene dinero para prestar. La *Cooperativa de Consumo* (la cooperativa de las tiendas) exhorta a sus miembros a no comprar a crédito. Pero Chaguito ha llamado aparte al administrador para ver si puede conseguir otro pequeño avance hasta que llegue el préstamo que ha prometido el Gobierno y que desde hace tiempo se espera. Antes de yo entrar, el administrador ya había accedido. Ahora la conversación gira sobre los sorprendentes efectos que está produciendo el nuevo fertilizante. Nos estamos bebiendo nuestro jugo de pera y charlando. Pero ya cae la noche y pronto debemos partir.

Las piedras y los hoyos del camino casi no se ven cuando el fuego que brilla a través de las hendidias de la cocina de Chaguito, nos saluda desde lejos al acercarnos a casa. A través del sonido apacible que viene de los árboles y de la yerba, oímos el ruido de las cucharas y los platos y del omnipresente radio. Llegamos.

— ¡Ción Papá! ¡Ción Ken! , gritan los niños.

—Dios te bendiga, respondemos.

Chaguito le da a Mélida el regalo que le ha traído: cerveza malta y leche condensada para ayudarla a recobrar las energías. También le da el aceite de maní que Mélida ha estado esperando para hacer tostones. Nos sentamos a la mesa y los niños, algunos de los cuales

aún están comiéndose su plátano salcochado, nos rodean.

Con excitación, le cuentan a Chaguito sobre los ratones que han visto corriendo por la pila de madera. El les asegura que buscará una ratonera al día siguiente. Chepe arrastra hasta la mesa a su hermano de seis años.

— ¡Dígale a papá, dígame a papá! dice Chepe.

Y el chiquillo, medio acoquinado, recita el versito que acaban de enseñarle los demás:

*Cuando vayas a la letrina
No te limpies con papel
Porque el papel tiene letras
Y el culo no sabe leer!*

Todos soltamos la carcajada. Junto al fogón, Mérida ríe discretamente.

La cena consiste en *spaguetti*, tostones, y sopa vegetal preparada con un cubito de *Sopa Maggi*, aceite, ajo, fideos y auyama del conuco. Mérida acerca una lámpara de kerosene, un trozo de tela pasada por un agujero hecho en la tapa de un pote de aceituna lleno de kerosene. El sacerdote que está hablando por la radio lamenta la muerte de otro estudiante universitario en manos de la *Banda* y critica a la policía por apoyar a estos terroristas de la extrema derecha y al Presidente por no tomar ninguna acción para evitar estos hechos. Chaguito levanta la vista.

—Esta República no quiere que los campesinos aprendan a defenderse. Pero los padres, ellos no paran de decir la verdad. Entonces encima de que esos padres dicen la verdad —el gobierno les dice hasta comunistas, hasta cosas que no son.

—Y, ¿qué piensas tú de todo eso?

—Yo, en eso... el gobierno es lo único. Es bueno. Pero lo único que pasa es... yo no sé si es que tiene miedo, pero deja matar mucha gente.

—¿Y quién es responsable de matar tanta gente?

—Balaguer (el Presidente) es responsable. Es él el que está

apoyando — porque él no está haciendo nada. Y esa gente de La Banda no está por hacer más que matar gente.

—¿Y tú has cambiado tus ideas sobre el gobierno?

—Sí. Desde el año antes de las otras elecciones.

—¿De qué vino el cambio?

—De tanto matar gente y él lo más tranquilo.

—Y la gente aquí, ¿tiene miedo del gobierno?

—Bueno, eso depende. Algunos sí. Yo encontré a uno que no te conocía a tí y él me dijo que 'a lo mejor es el gobierno quien mandó a ese Ken. A lo mejor es un detective, para llevar informes al gobierno. Parece que es un detective porque es muy preguntón!

—Y dime otra cosa, ¿qué piensas tú de esa idea de escribir cartas al Presidente, cuando uno tiene un problema personal — una casa mala falta de dinero a los niños enfermos?

—Eso no. Nosotros los campesinos no hacemos nada escribiéndole al gobierno. Porque los gobiernos en las elecciones ofrecen mucho pero después se olvidan. No cumplen los ofrecimientos que hacen. Yo creo que nosotros, unidos, hacemos más por nosotros que lo que hace el gobierno por nosotros.

—¿Por qué?

—Si todos los campesinos nos uniéramos, en cooperativas, cuando ya la cooperativa tenga dos o tres miles de pesos — o un millón de pesos en adelante, podemos hacer muchas empresas, que nos ayuden para que todos los días entre algo. Esa es una idea que a mí me parece mejor que pedirle ayuda al gobierno.

Mientras Chaguito habla, pienso en el pobre jornalero que se acercó a mí la semana anterior para que lo ayudara a escribirle una carta al Presidente pidiéndole un trabajo y una casa nueva. ¿Hasta qué punto había adoptado Chaguito esta ética de *podemos hacerlo nosotros*, en la Cooperativa, o era en realidad, parte de una ética pionera de estas familias que se radicaron en Jaida Arriba y la colonizaron? ¿Se debía esta actitud de Chaguito — diferente a la del jornalero — a que él tenía su café y a la Cooperativa que podían darle

la oportunidad de progresar mientras el pobre jornalero no tenía ni una cosa ni la otra? Por la radio, el sacerdote continúa atacando los crímenes de *La Banda*. Chaguito se llena el plato de spaghetti de nuevo y me dice:

—A mí me parece que las reglas de los Estados Unidos son mejores que aquí. Porque a mí me gusta el orden. Porque allá, en Nueva York, según me dijeron, las cosas están en orden. ¿Y qué hace el gobierno aquí? Si no nos dejan tumbar pinos, ¿dónde vamos a trabajar? En los Estados Unidos, aunque no lo dejen a uno tumbar por lo menos tienen la posibilidad de poner los hombres a trabajar. Porque aquí la mayoría de la gente no quiere que esto sea un estado. Pero eso es porque ellos viven rascándose el ombligo —quiere decir, sentados, mandándolo a uno, y tal vez pagándole un peso. Y no quieren que esto sea un estado americano porque entonces tienen que fajarse también. Pues, eso es. Nosotros los dominicanos somos tan mañosos — que no queremos el bien de los otros. Si uno puede fuñir al otro, que lo fuñe.

—Nosotros los campesinos vivimos rompidos, trabajando y nunca conseguimos nada. Porque vamos a suponer: los americanos vienen aquí, tuvieran otro sitio para que nosotros viviéramos. Aquí las producciones no dan para las ropas y los zapatos. Para lo único que da es para la comida. Y con trabajo. Y en los llanos, cualquier pedacito que se moja da. Eso es lo duro. Dos o tres tienen toda la tierra, y unos miles están sin nada. Entonces, aquí hay muchos que dicen: no queremos a los americanos por aquí. Pero entonces, quieren ir para allá. ¿Y entonces? Entonces, ¡están con ellos allá en Nueva York!

Terminada la cena, Gilda entra a la casa a algunos de los niños menores y los acuesta. Mélida aviva el fuego con madera seca y coloca sobre el fogón una vieja cazuela de hierro. Echa en ella granos secos de café para tostarlo, y comienza a moverlos lentamente con un pedazo chato de madera. Chaguito se levanta y le quita el palo de la mano. Ella entonces, se pone a prepararle al bebé su biberón de tisana tibia de especias, luego se pone una toalla en la cabeza y entra en la casa: Chepe y una de las niñas están junto al fuego para calentarse ya que hace frío esa noche. Ambos miran a su padre tostar el café. Los granos empiezan a saltar al tostarse mientras del caldero se levanta un humo espeso y cálido que invade toda la cocina. La mano de Chaguito se mueve de un lado a otro, moviéndose con destreza y resolviendo con el palo los granos de café. El no quiere que Mélida lo tueste porque el calor y el humo “le hacen daño a la mujer”.

La consideración y el afecto de Chaguito por su mujer es raro en Jaida Arriba. Antes de Gilda cumplir los diez años, y pudiera levantarse temprano para juntar la candela y poner el agua a hervir para el café, Chaguito era quien lo hacía, antes que mandar a su mujer como hacía la mayoría de los hombres.

Después de tostado el café y de extenderlo en una tabla para que se enfríe, Chaguito y yo nos sentamos para tomar té caliente antes de ir a acostarnos. Le menciono el hecho de que él se levantaba el primero para juntar la candela y de tostar el café.

—No son todos los hombres que hacen eso. Muchos hombres dicen que para eso se consiguieron una mujer, para que los atienda. Pero el hombre y la mujer tienen que compartir el trabajo. La mujer tiene que atender al hombre, pero también el hombre tiene que atender a la mujer. Hay que partir el sufrimiento de la mujer, mitad a mitad. Hay que poner las cosas en una balanza. Yo le cocinaba a Mélida cuando ella estaba mala para que ella no se sacrificara. Y yo he cargado agua también cuando los muchachos estaban demasiado jóvenes. Hay que darse cuenta que esa mujer es un ser humano. Y es más débil que nosotros los hombres. Y nosotros podemos aguantar más. Pero hay hombres que esperan que se mueran sus mujeres para poder buscar otras.

—¿Y tú pensaba todo eso antes?

—Esa ha sido la idea mía siempre. Yo recuerdo que Papá trató a Mamá como una esclava. Me daba cuenta que Mamá lloraba —aunque después él se arregló, a lo mejor por los consejos de otros. Muchos hombres le decían que no podía tratarla así. A mí me daba pena ver a Mamá llorando. Y tal vez por eso reflexioné, cuando yo veía a Mamá así. Porque esos son los seres queridos de uno. Y uno tiene que compartir con su esposa.

—¿¿Hay muchos hombres que tienen otras mujeres?

—Antes sí, pero de pocos años para acá casi se ha acabado eso. Yo, después de casarme, nunca he tenido otra mujer. Esas otras son como dulces —solamente para un momento. Y la mujer de uno no. Esa es para siempre. A mí no me engañan las mujeres bonitas. Yo no he podido ver la mujer más linda que quiera cambiar por ésta. Yo no le pongo amores a otra mujer porque me parezca bonita. Yo voy a cumplir trece años de casado en octubre, y no he tenido otra mujer. Nunca. Yo no le he visto la falda a otra mujer.

Estamos ahora solos en la cocina. Las brasas del fogón se van apagando. Chaguito coge un poco de agua de una cazuela, la echa en una ponchera y se lava los pies, quitándole el polvo y el lodo de todo un afanoso día. Entonces vamos a la casa. Me quito las botas, las medias y los pantalones de fuerteazul, y exhausto, me tiro en la cama. Chaguito entra a su aposento, pero reaparece inmediatamente, sale a la cocina y vuelve con la malta, la leche condensada y un vaso.

Desde la otra habitación Mérida me dice riendo: “ ¡Yo doy poca leche, y para poder alimentar al niño, tengo que alimentarme bien! ”

La luz de la lamparita de kerosene titila en la habitación. Se oye la voz de Gilda: El no quiere beberse la tisana esta noche, Mamá.

—Déjalo, entonces, responde Mérida.

Chaguito apaga la llama. En la oscuridad los niños dicen:

— ¡Mamá! ¡Papá!

—Dios te bendiga, responden estos.

NOTAS

- 1) Chaguito es un nombre ficticio. Los nombres de las comunidades (como Jaida Arriba) y los nombres de todos los campesinos, promotores u organizadores de la cooperativa, sacerdotes, o cualesquiera otras personas vinculadas a la cooperativa, son también ficticios. En los casos en que un hombre en particular no sea importante para referencia futura, se emplea una inicial ficticia.
- 2) Se subrayan algunas palabras para indicar que están en español (Nota del traductor: Esto —naturalmente— es realmente en el texto en inglés, pero lo que sigue lo es en ambas versiones) con dos excepciones: las palabras en español que comúnmente se repiten en el texto, sólo aparecen subrayadas la primera vez que se emplean; las largas citas en español que aparecen en este capítulo y en la autobiografía de Puro y las citas en español que se resaltan poniéndolas con un margen mayor en la página en el resto, tampoco están subrayadas. Al final de la tesis aparecerá un glosario de palabras españolas comúnmente usadas. Debemos hacer notar que las citas no manifiestan la pronunciación real de los campesinos. La mayoría de los campesinos de Jaida Arriba, por ejemplo, cambian la “r” y la “l” a final de sílaba por “i”, (dicen trabajai en vez de trabajar). Sin embargo, se trató de preservar el estilo de hablar, sus palabras locales, sus dichos, y sus oraciones a veces fragmentadas. En esta forma el español de algunos resulta incorrecto, irregular y fragmentado.
- 3) Chaguito tiene una cuarta cama que él usa cuando su esposa está en riesgo (el período de 40 días de reposo y cuidados especiales que siguen al alumbramiento de un niño). Pero anoche, me dio su cama a mí. Cuando Mérida no está en riesgo, la cama permanece vacía, a pesar de lo congestionadas que están las otras. Según Chaguito esto es “Porque así le da menos frío a uno, le da más calor a uno. Después, cuando ellos van creciendo, sí: hay que apartarlos. En la familia mía estuvimos primero, cuatro en una cama y cuando fuimos creciendo, éramos nada más que dos”.

- 4) Chepe es el único de los niños que lleva pantalones largos, pero éstos son solamente para ir a la escuela o a la iglesia. El no los comenzará a usar diariamente sino cuando llegue a los 14 ó 15 años. Aunque Chelo, que tiene 4 años, ya tiene edad para llevar sus pantalones cortos, no bien se los han puesto cuando ya se los está quitando. "No hay quien le ponga los pantalones porque él se los quita. Se orina en los pantalones y se los quita". Sólo uno de los niños no está descalzo aunque todos tienen sandalias plásticas. Pero rehusan ponérselas: "Casi todos se las quitan".
- 5) A menos que no se diga expresamente, la unidad monetaria que se usa es el peso y está expresado con el símbolo \$. Oficialmente un peso equivale a un dólar, pero en el cambio libre un peso vale como un poco menos que un dólar americano. Esta diferencia redonda en un buen beneficio en el mercado negro.
- 6) En las décimas, cada uno tiene su turno para dirigir la canción mientras los demás hacen el coro —"por ahí María se va", "oye paloma"— Generalmente, el ritmo va acompasado con el trabajo que se realice: tumbando árboles con hachas, acarreado postes, apaleando habichuelas para sacarlas de las vainas, coger tabaco, o lavar ropa en los ríos. Pero al ir el trabajo asalariado remplazando al trabajo de intercambio (con el auge de la economía monetaria), las juntas comenzaron a desaparecer. El uso de radios (antes restringido severamente por Trujillo) se ha extendido rápidamente, yendo esto en detrimento del canto de décimas, con la llegada a la cocina y a los campos de merengues dominicanos, canciones mexicanas y argentinas, y los Beatles. Jaida Arriba es uno de los pocos lugares del país en que la gente aún recuerda las décimas. Y el vecino a quien oímos cantar es uno de los pocos que todavía las canta, a menudo para sí, mientras trabaja.